

Transformación antropológica y paradigma tecnológico

Conviene combatir la idea de que la finalidad de todas las tecnologías es la de conducir hacia la construcción de un mundo mejor. Este error se nutre de dos ilusiones: la de la neutralidad de los artefactos, los formatos y las funciones; y la que pone en paralelo progreso tecnológico y progreso humano y social. Todo aquello que nos permite hoy la tecnología impide ver cómo los artefactos tecnológicos imponen su propia lógica. Conviene, en este sentido, preguntarse también acerca de lo que la tecnología nos obliga a hacer, explorando para ello las implicaciones de la tecnología en el marco del capitalismo.

Tecnología y progreso

En 1980, en pleno viraje tecnológico, un famoso libro del escritor estadounidense Alvin Toffler, *La tercera ola*, resumía y coronaba todas las utopías asociadas en las tres últimas décadas al desarrollo de las nuevas tecnologías y, en concreto, a la informática: «Veremos a nuestros ordenadores enriquecer nuestra concepción de la causalidad, mejorar nuestra comprensión de la interdependencia de las cosas y ayudarnos a construir conjuntos significantes y sintéticos a partir de los datos aislados que bullen en torno nuestro», escribía Alvin anticipando un mundo en el que incluso nuestro cerebro mismo acabaría adaptándose biológicamente a este «entorno inteligente»: «Un entorno inteligente», concluía, «producirá tal vez personas más inteligentes».¹

Santiago Alba Rico es escritor, ensayista y filósofo

Casi cuarenta años más tarde buena parte de este optimismo se ha volatilizado o ha quedado reducido a los límites de Silicon Valley, donde las élites del planeta, dando casi por perdida la vida en la tierra, buscan soluciones tecnológicas para la supervivencia individual.² Sea como fuere, lo cierto es que el

¹ A. Toffler, *La troisième vague*, Denoël, Paris, 1980, pp. 223-224.

² Ver D. Rushkoff, «La supervivencia de los más ricos y cómo traman abandonar el barco», *ctxt*, 1 de agosto de 2018, disponible en: <https://ctxt.es/es/20180801/Politica/21062/tecnologia-futuro-ricos-pobres-economia-Douglas-Rushkoff.htm> y también M. Salvia, *Armageddon capitalista*, *Not*, 25 de octubre de 2018, disponible en: https://not.neroeditions.com/bolsonaro-armageddon-capitalista/?fbclid=IwAR0_o0IRntA3228218-AW-36AE4KovSVE3dippk2Lc1nkDNyr1-m4OIB2M

racimo de crisis convergentes que abrumba nuestra época –ecológica, económica, institucional, ética– es inseparable de una desconfianza creciente hacia todas aquellas fuentes de autoridad en las que hasta ahora habíamos venido depositando nuestra confianza. Esto incluye también la ciencia y la tecnología, algunas veces de forma apocalíptica y supersticiosa, con un retorno ilusorio y hasta peligroso de las bondades de la “naturaleza”; otras, en cambio, desde una visión crítica que alerta sobre las consecuencias antropológicas de los nuevos paradigmas asociados a un modelo tecnológico que hay que interpretar al mismo tiempo desde Georgescu-Roegen, Lewis Mumford y Karl Marx.

El malentendido en el que se funda el optimismo tecnológico tofleriano, indisoluble de la idea de progreso heredada del siglo XIX y aún vigente en nuestro imaginario cotidiano y en nuestros manuales escolares,³ tiene que ver con el error que el sociólogo canadiense Pierre Fraser enuncia de esta manera: «el de creer que la finalidad de todas las tecnologías es la de conducir al establecimiento de un mundo mejor».⁴ Este error, como he escrito otras veces, se nutre de dos ilusiones que es necesario combatir sin muchas contemplaciones. La primera es la de la neutralidad de los artefactos, los formatos y las funciones. La segunda la del paralelismo entre progreso tecnológico y progreso humano y social. El capitalismo puede ser un vector de aceleración de la acumulación y despegue tecnológico y conviene sin duda preguntarse –y lo haremos de inmediato–: ¿qué hace el capitalismo con la tecnología? Ahora bien, al mismo tiempo cumple también recordar que, con independencia del orden económico que los alumbre o los demande, una vez en el mundo, los artefactos tecnológicos imponen su propia lógica, cuyos imperativos materiales sugieren también otra cuestión no menos importante: solemos pensar en todo lo que nos permite hacer la tecnología –las ventajas que ciegan a los tecnófilos–, pero la pregunta más decisiva es en realidad: *¿qué nos obliga a hacer?*

La respuesta es doble. Cada artefacto tecnológico socialmente integrado en el mundo nos obliga a inventar el artefacto tecnológico superior que lleva dentro, y por eso puede hablarse de una historia de la tecnología relativamente independiente de la historia de las relaciones sociales. Cada artefacto tecnológico obliga asimismo a un determinado uso y obliga, aún más, según las leyes enunciadas por el filósofo alemán Gunther Anders, a usar hasta el límite todas sus prestaciones posibles.⁵ Hoy sabemos, según la expresión de Manuel Sacristán, que «el desarrollo de las fuerzas productivas es inseparable del desarrollo de las fuerzas destructivas»; y sabemos también que hay artefactos tecnológicos que en ningún otro mundo posible podrían usarse bien. El caso de las tecnologías bélicas es, en

³ Ver, por ejemplo, Ecologistas en Acción, *Educación y ecología. El currículum oculto anti ecológico de los libros de texto*, coordinado por F. Cembranos, Y. Herrero y M. Pascual, Editorial Popular, Madrid, 2007.

⁴ P. Fraser, *Utopie technologique: prétention à un monde meilleur*, Prospective et société, disponible en: <https://photosociete.com/accueil/>

⁵ G. Anders, *La obsolescencia del hombre*, Editorial Pre-Textos, Madrid, 2011.

este sentido, elocuente y definitivo. No se puede hacer un uso “democrático” de la bomba atómica; y la propia experiencia nos demuestra que no debemos confiar demasiado en que podamos reprimir indefinidamente su utilización.

Solemos pensar en todo lo que nos permite hacer la tecnología –las ventajas que ciegan a los tecnófilos–, pero la pregunta más decisiva es en realidad: *¿qué nos obliga a hacer?*

Pero este ejemplo extremo debe servirnos para abordar también otros formatos y, más concretamente, el de las nuevas tecnologías de la comunicación, cuya esencia consiste en construir y agotar, como ningún artefacto anterior, a sus propios usuarios. No es un problema de tentación y ocasión. Es verdad que todo lo que puede usarse para el mal alguna vez será utilizado mal, y esto incluye los cuchillos de cocina, con los que se han cometido asesinatos, y la electricidad, empleada de forma perversa para infligir dolor en salas de tortura. No será fácil establecer un mundo libre de mal; sí quizás un mundo un poco más libre en general. Porque lo decisivo, en definitiva, es la libertad, y mucho me temo –de esto hablaremos enseguida– que un ordenador encendido deja mucha menos libertad, política y moral, que un martillo o un circuito eléctrico.

Los tres dominios de la tecnología capitalista

Para llegar a esta orilla conviene antes partir del orden económico y social existente y responder a la primera pregunta: ¿qué hace el capitalismo con los artefactos? A los tecnófilos que apuestan por la liberación a través de la tecnología hay que recordarles que, sin mencionar los efectos ecológicos colaterales de la industria –incluida la que fabrica nuestros minúsculos *gadgets* cotidianos–, el desarrollo tecnológico más sofisticado y puntero se centra en tres dominios. Del cuarto, el relativo al ocio, nos ocuparemos más tarde.

El primero de estos dominios es la industria armamentística, cuya expresión tecnológica más depurada es el dron, pues rompe definitivamente el vínculo entre los cuerpos y sus acciones. Este “desenganche” no es una opción moral; es un hecho material que se impone solo, como bien recordaba Gunther Anders en su correspondencia con Claude Eatherly, el piloto que participó en el bombardeo de Hiroshima; él lo llamaba “desnivel prometeico” para referirse a la desproporción creciente, inscrita en la intervención tecnológica misma, entre la capacidad de acción y la capacidad de representación; entre lo que podemos hacer y lo que podemos representarnos: es muy difícil para un cerebro finito normal establecer una relación entre la banal presión de un dedo en un cuadro de mandos –o en un teclado de orde-

nador– y la muerte de miles de personas muy lejos o muy abajo.⁶ Es tan difícil que, mientras seguimos justamente horrorizándonos frente al modelo Auschwitz, que mantiene unidos los cuerpos, las acciones y las representaciones, aceptamos con toda naturalidad el modelo Hiroshima, en realidad mucho más peligroso y potencialmente más destructivo: porque es fácil, porque es irrepresentable, porque es irresponsable y porque suspende de hecho todas las trabajosas conquistas del Derecho. El bombardeo aéreo, en efecto, declarado “inocente” en los juicios de Núremberg y repetido desde entonces todos los días de forma rutinaria, considera a los cuerpos, desde el principio, puros residuos de una operación a-moral, a-jurídica y sin consecuencias. El dron es el colofón de un modelo que, en un sentido no solo metafórico, puede ser trasladado al consumo de mercancías, el turismo y la destrucción ecológica. Somos todos –más obviamente los ricos que los pobres, más los occidentales que los no-occidentales– pilotos de invisibles drones sin cuerpo que, lejos de nosotros, emancipados y sueltos, vuelan destruyendo el aire, la tierra y las condiciones mismas de la supervivencia.⁷

El segundo de estos dominios es el mercado financiero, verdadero motor y sostén –paradójicamente entrópico– de la economía capitalista. Recordemos algunos datos: el 70% de las operaciones comerciales a nivel mundial son de “último minuto” y hasta el 50% se ejecuta en milisegundos: millones de operaciones, billones de dólares centrifugándose a la velocidad de la luz al margen de los cuerpos y los objetos con un doble resultado. Por un lado, esos rastros de sangre y de cocaína que se depositan como polvo por todas partes, muy bien descritos en *El lobo de Wall Street*, de Martin Scorsese. Por otro, una opacidad sin precedentes de los aparatos de gestión de la economía global. Según Haim Bodak, físico especializado en inteligencia artificial desertor de Hall Trading y Golden Sacks, solo diez personas en el mundo son capaces de penetrar y administrar los secretos de los algoritmos que permiten acelerar las operaciones; ni los beneficiarios del sistema –empresarios, brókeres, grandes inversores, políticos conniventes– entienden lo que pasa ni, por supuesto, el común de los mortales, expuestos sin saberlo a un “fallo de código” que, como en 2010, “evapore” en pocos minutos 820 billones de dólares, con las consiguientes consecuencias para los cuerpos y los objetos. Esta opacidad, que borra las fronteras entre capitalismo y mafia, excluye todo control democrático de las relaciones económicas y, en definitiva, de las relaciones sociales, atravesadas por una velocidad sin cuerpo que vacía de todo poder las decisiones individuales y colectivas. La “desaparición de los cuerpos” en los mercados financieros, por lo demás, no se traduce en una menor presión sobre el medio ambiente. Los algoritmos cibernéticos parasitan todas las fuentes de energía: el búnker donde se centralizan las 44 millones de operaciones diarias del BBVA, por ejemplo, tiene una superficie de 20.000 metros cuadrados o, lo que es lo mismo, 2,6 veces la extensión del estadio Santiago Bernabéu. Para su construcción se han

⁶ G. Anders, *Más allá de los límites de la conciencia*, Paidós, Barcelona, 2002.

⁷ S. Alba Rico, *Capitalismo y nihilismo*, Akal, Madrid, 2007.

empleado 32.000 metros cúbicos de hormigón, 3.700 toneladas de acero o 500 toneladas de acero laminado, suficiente para construir una vía de tren desde Madrid hasta Beijing; su mantenimiento compromete un cableado de 215 kilómetros de cobre y 694 kilómetros de fibra óptica y su consumo eléctrico (asegurado por 8 grupos electrógenos y varios motores de más de 3.000 caballos de potencia alimentados por una reserva de 240.000 litros de gasoil) podría abastecer a un pueblo de 3.500 habitantes.⁸

Solo diez personas en el mundo son capaces de penetrar y administrar
los secretos de los algoritmos que permiten acelerar las operaciones;
ni los beneficiarios del sistema entienden lo que pasa ni,
por supuesto, el común de los mortales

El tercer dominio tiene que ver con el control de la población, es decir, con la vigilancia y el castigo, por evocar un título famoso de Michel Foucault. Navegadores GPS, teléfonos móviles, automóviles, pero también los propios “medios de ocio” en la red –a través de la publicidad y la autoexhibición– van dejando una serie de rastros, fácticos y desiderativos, que acaban sirviendo no solo para localizar presuntas amenazas, sino para establecer perfiles de consumo y grupos de afinidad muy “disciplinarios”, según el modelo foucaultiano, porque clasifican e inducen conductas diferenciadas en cuerpos seriados y personalizados. Estos “rastros” tienen su correspondencia jurídica y penal. Sabemos cómo utilizó el sistema judicial la fisiognómica de Lombroso en el siglo XIX y los test de inteligencia de Burt en el siglo XX para establecer “grupos de riesgo” –casi siempre negros y pobres– o decidir arbitrariamente las penas impuestas por los tribunales.⁹ Pues bien, hoy son los *big data* y los algoritmos cibernéticos los recursos que emplea el sistema penal vigente en EEUU y Bélgica –cuenta la investigadora Antoinette Rouvroy– a la hora de evaluar los riesgos asociados a las peticiones de libertad condicional, y ello a partir de cálculos que incluyen, entre otros criterios, la reincidencia, la extracción social y la etnia.¹⁰ «Es evidente –escribe el filósofo Mario Sei– que para un magistrado tomar una decisión contraria a la opinión del algoritmo significa asumir responsabilidades muy grandes y, por lo tanto, en la mayor parte de los casos, se prefiere acatar la valoración de la máquina».¹¹ La aplicación más radical y siniestra de las nuevas tecnologías al sistema penal, todavía felizmente utópica, es la pro-

⁸ R.J. Lapetra, *Un nuevo supercerebro financiero en Madrid*, *El Confidencial*, 7 de marzo de 2012, disponible en: https://www.elconfidencial.com/tecnologia/2012-03-07/un-nuevo-supercerebro-financiero-en-madrid_772127/

⁹ Ver S. Jay Gould, *La falsa medida del hombre*, Crítica Barcelona 2017, traducción de Ricardo Potchar y Antonio Desmonts

¹⁰ A. Rouvroy, T. Berns, «Le nouveau pouvoir statistique», *Multitudes*, vol. 1 núm. 40, 2010, pp. 88-103 y A. Rouvroy, T. Berns, «Gouvernementalité algorithmique et perspectives d'émancipation», *Réseaux*, vol. 1, núm. 177, 2013, pp. 163-196. Texto disponible en: <https://www.cairn.info/revue-reseaux-2013-1-page-163.htm>

¹¹ M. Sei, «La passione per la politica e la politica sulle passioni», *Lo sguardo*, núm. 27 de diciembre de 2018.

puesta de Rebecca Roache, filósofa a cargo de un equipo de investigación de la Universidad de Oxford que estudia la posibilidad de castigar a los criminales «acelerando su percepción del tiempo en un ordenador» de manera que un condenado pueda cumplir una pena de 1.000 millones de años de cárcel en solo ocho horas y media.¹²

El cuarto dominio: el ocio

Ahora bien, es el cuarto de estos dominios el que, desde un punto de vista antropológico, ha acelerado más la mencionada “desconexión del cuerpo” y transformado más radicalmente nuestra relación con el espacio y las relaciones y vínculos que establecemos en él. Me refiero a las nuevas tecnologías volcadas en el tiempo de ocio.

Hoy son los *big data* y los algoritmos cibernéticos los recursos que emplea el sistema penal vigente en EEUU y Bélgica para evaluar los riesgos de las peticiones de libertad condicional a partir de cálculos que incluyen, entre otros criterios, la reincidencia, la extracción social y la etnia

Conviene de entrada referirse a algunos cambios materiales decisivos operados en las últimas décadas. Los procesos de liquidación del Estado del bienestar a partir de 1979 desarticularon el lugar del trabajo, en su versión fordista, como lugar de construcción de la propia biografía: la adquisición de un oficio, la posibilidad de fundar una familia e incluso la conciencia política se aseguraban a partir de los centros de trabajo, de la integración de los cuerpos en un espacio común, hoy desbaratado o desaparecido. El desmantelamiento del tejido industrial, las reformas laborales de carácter neoliberal, la financiarización de la economía, ahora la robotización, han despojado al ámbito productivo de su protagonismo como lugar privilegiado de maduración individual y colectiva. Ahora bien, este proceso político y material es inseparable de otro, a un tiempo ideológico y económico: me refiero al desplazamiento de la explotación capitalista, con su vocación de infinito, del espacio al tiempo; es decir, de la producción al consumo. El capitalismo extrae cada vez más riqueza del tiempo de ocio –también de la conciencia misma y de sus flujos conectados a redes tecnológicas– y esto determina la conformación de un sujeto “consumidor” muy distinto del sujeto comprometido (es decir, lanzado hacia el futuro) del fordismo clásico. El tiempo del consumo es el tiempo de la digestión: es excitante, rápido, pura actualidad disolutiva. Un consumidor no hace proyectos, pero tampoco tiene arrepentimientos. Nuestra autoestima, la conciencia de nuestros límites, nuestros

¹² R. Williams, «Prisoners 'could serve 1,000 year sentence in eight hours'», *The Telegraph*, 14 de marzo de 2014, disponible en: <http://www.telegraph.co.uk/technology/news/10697529/Prisoners-could-serve-1000-year-sentence-in-eight-hours.html>

planes inmediatos, nuestros vínculos –sexuales o afectivos– están ahora, al menos desde hace treinta años, e incluso en tiempos de crisis, marcados por ese imaginario consumista que trasladamos a nuestra visión del mundo hasta cuando intentamos transformarlo. La felicidad se asocia, por tanto, a los tiempos cortos del mercado; es una felicidad sin biografía, intensa y soluble, que tiene prohibido el “ahorro” y está, por tanto, destinada a la “deuda”. Nos endeudamos sin tregua para una felicidad sin futuro.¹³

Cuando criticamos el capitalismo, siempre atendemos al sufrimiento que inflige y no a los placeres que reporta, a la variada gama de aflicciones que genera y no a la no menos variada de satisfacciones que proporciona; nos ceñimos al ámbito de la explotación, identificándola con el trabajo, y nos olvidamos de que hoy esa explotación se ha extendido, en efecto, al ámbito del ocio, donde nos constituimos como “sujetos” mucho más que en el ámbito laboral. Siempre es complicado hacer una crítica de los placeres. Para los sufrimientos parecemos contar con una medida objetiva; y las medidas objetivas son tranquilizadoras. Marx nos da una, quizás cuestionable, pero bastante bien razonada. Cuando se trata, en cambio, de criticar el placer necesitamos una medida subjetiva y esto es ya mucho más complicado. Corremos el riesgo de querer regular las conductas –tentación tanto religiosa como izquierdista– de tal manera que proyectamos con autoritarismo la “medida objetiva” sobre el alma de los hombres. La consecuencia es el puritanismo, el recorte de libertades y la eutrapelia en general. Aceptar que la subjetividad se construye –y que puede, por tanto, ser reconstruida– obliga a aceptar también que solo los dioses construyen a partir de la nada y que la idea misma de la construcción humana de la subjetividad implica asumir materiales, si se quiere, “naturales” a partir de los cuales reivindicar una subjetividad diferente (y asumirse a uno mismo, el constructor, como construido). Esos materiales están dentro: límites corporales, *binariedad* del cerebro, abismos freudianos; y están también fuera: los límites de la tierra, los límites de los otros cuerpos, la historia acumulada a nuestras espaldas.

Pues bien, son estos seis límites los que de algún modo están siendo cuestionados por el capitalismo no ya en el ámbito de la producción –con su desgaste ecológico–, sino en el del *tiempo mental*, completamente secuestrado o formateado por las nuevas tecnologías. La penetración del mercado, una vez agotada la extensión física del territorio, en la intensión del tiempo interno y subjetivo solo puede hacerse a través de tecnologías totalizadoras que conectan, como bien explica el filósofo francés Bernard Stiegler, los flujos de conciencia a los flujos del tiempo digital. La actividad delegada de la “industria del entretenimiento”, obsesionada con cubrir todos los huecos y vacíos de la antigua subjetividad autogestionada, que combatía por sus propios medios la amenaza del tedio, se traduce en –señala Stiegler– «una proletarización del ocio»; es decir, en un desplazamiento de los mecanismos de la

¹³ S. Alba Rico, «¿Contemporáneos de quién?», *La Maleta de PortBou*, Mayo-Junio de 2014, disponible en: <http://lamaletadeportbou.com/articulos/contemporaneos-de-quien/>

“alienación” del tiempo de la producción al “tiempo libre”, que por eso mismo pierde su libertad diferencial.¹⁴ El placer deviene también fabril, seriado, impersonal, esclavo. «Proletarización del ocio» quiere decir que, del mismo modo que el trabajador no es dueño de sus medios de producción, el ocioso ya no es dueño de sus medios de re-creación: el recreo, como el trabajo, ya no está en nuestras manos; depende de una maquinaria de extracción de beneficios de la que no podemos desengancharnos, como un enfermo del riñón no puede desengancharse de la diálisis. Esa “proletarización” del ocio es el resultado de una intervención tecnológica indisoluble de las llamadas TIC y sus aplicaciones: las diferentes cuerdas con las que, sin raíces en el mundo, nos conectamos a internet, sus redes y sus nomadismos digitales.

El capitalismo extrae cada vez más riqueza del tiempo de ocio
y esto determina la conformación de un sujeto “consumidor”
muy distinto del sujeto comprometido
(es decir, lanzado hacia el futuro) del fordismo clásico

Volvemos así a la cuestión de la libertad. Si aceptamos que estamos pasando muy deprisa –en el curso de una generación– del paradigma letrado, aún no agotado en sus potencialidades, a un paradigma postletrado,¹⁵ es importante explorar las consecuencias de este pasaje. Es difícil porque formamos parte de él y porque el análisis mismo se hace desde una posición anfibia, con medio cuerpo en las letras y medio cuerpo en los dígitos. No sabemos aún qué son exactamente las nuevas tecnologías ni qué nueva mente están engendrando. No sabemos si internet es una técnica como la escritura, una herramienta como la imprenta, un nuevo continente como América o un órgano como nuestro riñón derecho. Probablemente es todo eso al mismo tiempo. Lo que sí podemos decir es que nos introduce –nos está introduciendo ya– en una condición postletrada; en una condición en la que lo decisivo, como nuevo marco de percepción, no es ya la letra pública ni, como a menudo se cree, el *dígito* oculto, sino *la pantalla* encendida. La expresión no es elegante, pero a la espera de forjar una mejor podríamos hablar de *condición pantállica*.

Podemos decir también que la dimensión “órgano” domina sobre las demás. Como técnica, la pantalla es menos democrática que la escritura, pues la escritura produce usuarios reversibles, capaces tanto de producir como de padecer las letras, mientras que el usuario de internet es puramente pasivo: no produce la red, propiedad de gobiernos y corporaciones,

¹⁴ B. Stiegler, *Réenchanter le monde. La valeur esprit contre le populisme industriel*, Ed. Champs essais (Flammarion), París, 2006.

¹⁵ S. Alba Rico, «Distancias», *ctxt*, septiembre de 2018, disponible en: <https://ctxt.es/es/20180919/Firmas/21824/santiago-alba-rico-cineticos-y-pantallicos-platon-letrados-distancia.htm>

como no produce su vesícula o sus canales linfáticos. Como territorio en disputa no admite la posibilidad del asentamiento, pues la facilidad del movimiento se convierte en la tiranía del nomadismo constante: no se pelea por una isla o un continente, sino que se es empujado a una circulación sin aliento, infinita como la de la sangre en las venas. Como herramienta en nada se parece a un martillo, que guardamos en un cajón hasta que necesitamos colgar un cuadro o remachar un clavo. Internet, en definitiva, es un órgano y esta condición orgánica determina no solo lo que podemos hacer con él, sino lo que nos obliga a hacer. Desde muy pronto, ya en los años sesenta, la crítica del citado Gunther Anders a la televisión tenía que ver con esta suspensión de la libertad frente al flujo de las imágenes:¹⁶ la única libertad que permitía y permite la televisión es la de rechazarla y no meterla en casa, y ello precisamente porque una pantalla apagada es una pantalla muerta o, peor, una pantalla asesinada. Internet culmina esta lógica llevándola al extremo. Internet –que vela mientras nosotros culpablemente dormimos– es la verdadera vida, siempre alejada de nuestro cuerpo y siempre activa, como nuestros riñones. ¿Qué libertad tenemos frente a nuestros riñones? La muy radical y suicida de renunciar a ellos. A menudo he escrito sin ánimo de bromear que el usuario de internet tiene que tomar todos los días la decisión fuertemente moral de practicar una eutanasia a un pariente, de interrumpir su conexión con la vida. No hay verdadera libertad en un medio respecto del cual la única decisión libre que podemos tomar es la de interrumpir su actividad; es decir, apagarlo; es decir, matarlo. O más exactamente: la de matarnos a nosotros mismos mientras internet, sin nosotros, sigue fluyendo eternamente.

Sustituciones peligrosas

Abordada la cuestión en estos términos –la proletarización del ocio en el interior de un órgano en el que nuestro cuerpo desaparece y nuestra libertad queda de entrada muy reducida–, podemos rápidamente asociar nuestra relación antropológica con la red y sus avatares a algunas transformaciones casi filogenéticas que desmienten o incluso invierten las ventajas que Toffler atribuía al ordenador.

1. Las nuevas tecnologías sustituyen los procesos de la inteligencia, con sus distinciones y sus enlaces, por los procesos de la vida. Internet no sirve para pensar sino para vivir. Su exigencia de vida es, al mismo tiempo, total: todo lo que no sea vivir ahí es muerte, residuo, culpa.

2. Las nuevas tecnologías sustituyen la distribución de los objetos en el espacio por su disolución en el tiempo. Ahora bien, un tiempo sin espacio, sin cosas fungibles, es un tiempo infinito sin historia. Y esto porque

¹⁶ G. Anders, *La obsolescencia del hombre*, Editorial Pre-Textos, Madrid, 2011.

3. las nuevas tecnologías sustituyen la memoria individual letrada por el archivo digital, un vertedero al que van a parar todos los datos e imágenes que atraviesan a toda velocidad nuestras pantallas sin dejar rastro. Sustituyen, por tanto, los procesos de individuación por procesos de delegación impersonal y acumulación automática inaccesibles para una memoria finita.

No sabemos aún qué son exactamente las nuevas tecnologías ni qué nueva mente están engendrando. No sabemos si internet es una técnica como la escritura, una herramienta como la imprenta, un nuevo continente como América o un órgano como nuestro riñón derecho. Lo que sí podemos decir es que nos introduce en una condición postletrada

4. Las nuevas tecnologías sustituyen –y esto es decisivo– la sucesión por la simultaneidad; es decir, el tiempo letrado de la narración, con sus relaciones hipotácticas, por el tiempo paratáctico de la simultaneidad pura, inalcanzable para un cerebro finito. La posibilidad tecnológica de estar en todas partes al mismo tiempo –porque internet está en todas partes al mismo tiempo– se traduce en el despliegue de pestañas sin conexión narrativa posible: una web de información, una página pornográfica, un blog de homeopatía, una compañía aérea, un chat con “conocidos” australianos, cuyo pasaje –de una a otra– es en realidad un salto: una obligación de salto. Saltar es compatible con insultar o aplaudir, que es lo que hacemos en las redes, pero no con juzgar, analizar y recordar. Este estrés mental que acompaña al imperativo de simultaneidad –como al imperativo de vida total sin interrupciones “corporales”– se traduce en la necesidad de “vivir sin cerebro” o, al menos, sin lóbulo frontal, el filtro neuronal que regula las inhibiciones y, por lo tanto, los marcos propiamente políticos y sociales. Internet funciona –digamos– como un organismo sin cerebro.¹⁷

5. Las nuevas tecnologías sustituyen la frontera público/privado por una falsa transparencia. «La peculiaridad del panóptico digital –escribe con razón el filósofo coreano Byung-Chul Han– está sobre todo en que los moradores mismos colaboran de manera activa en su construcción y conservación, en cuanto se exhiben ellos mismos y se desnudan».¹⁸ Lo que he llamado «autotransparencia autopublicitaria autodelatadora autoconsumística antipuritana»¹⁹ no solo facilita los trabajos de la vigilancia tecnológica –publicitaria y policial– sino que

¹⁷ Para estos primeros cuatro puntos ver Bernard Stiegler, *El tiempo y la técnica*, Hiru, Hondarribia, 2002; y Santiago Alba Rico, *Penúltimos días*, Catarata, Madrid, 2016, así como del mismo autor *Ser o no ser (un cuerpo)*, Seix Barral, Barcelona, 2017.

¹⁸ B.-C. Han, *La sociedad de la transparencia*, Herder, Barcelona, 2013.

¹⁹ S. Alba Rico, *Op. cit.* 2016.

genera un incurable estrés exhibicionista en permanente puja al alza por la desnudez más radical y rentable: los 259 fallecidos por *selfies* en los últimos años son solo su trágico colofón.²⁰ La transparencia sin mácula de esta imagen digital –la de una privacidad construida enteramente en la red– contrasta, a un lado y otro, con la opacidad del cuerpo, relegado en un rincón con sus enfermedades y fragilidades, y la de las instituciones públicas, minadas por el secreto y la corrupción.

Finalmente, y como consecuencia de todo lo anterior,

6. Las nuevas tecnologías inducen y aceleran la desaparición del cuerpo como eje de la experiencia humana y marco de la construcción de relaciones vinculantes con los otros; y por lo tanto la sustitución de los vínculos intercorporales por placeres intensos, solitarios y solubles en el tiempo. Necesitamos el cerebro para pensar (incluso para pensar contra él), necesitamos la memoria para recordar (incluso para recordar mal) y necesitamos los cuerpos para imaginar las otras vidas (y la propia): su dolor, su felicidad, su futuro. La cercanía no-letrada y no-corporal de las distancias nutre tecnológicamente la indiferencia “soltera” de la individualidad capitalista.²¹

Un inciso antes de acabar: se podría pensar al menos que todas estas sustituciones tecnológicas, con sus efectos antropológicos inquietantes, van acompañadas de un alivio ecológico –frente al mundo material del papel y la madera. No es así. Doy rápidamente algunos datos: la fabricación de un ordenador de mesa requiere al menos 240 kg de combustibles fósiles, 22 kg de productos químicos y 1,5 toneladas de agua, una cantidad que representa diez veces el peso del propio ordenador (mientras que, por ejemplo, para un coche o una nevera, la relación es de uno a uno). Un microchip de 2 gramos requiere, para su fabricación, 72 gramos de productos químicos, 20 litros de agua y el equivalente a 1,2 kg de combustibles fósiles en consumo energético, además de generar 17 kg de aguas residuales y 7,8 kg de desechos sólidos, junto a toda una serie de emisiones tóxicas a la atmósfera. Por lo demás, harían falta 100 libros impresos para llegar a la huella de carbono de una *tablet* y, en términos de combustibles fósiles, uso de agua y consumo de materiales, el impacto de un lector electrónico equivale aproximadamente al de 40 ó 50 libros. En cuanto al impacto contaminante, Naciones Unidas estima que anualmente se genera un flujo creciente de entre 20 y 50 millones de toneladas de residuos electrónicos en el mundo, una parte importante de los cuales es trasladada desde Occidente, a menudo de forma ilícita, a Asia y África, donde se realiza un reciclaje rudimentario o se quema sin precauciones, con las con-

²⁰ C. Polanco, «Once islas paradisíacas que esconden historias macabras», *El Mundo*, disponible en: <https://www.elmundo.es/album/viajes/el-baul/2018/11/23/5bec1bc722601dec108b45a6.html>

²¹ S. Alba Rico, *Leer con niños*, Literatura Random House, Madrid, 2007 y 2015, así como la obra ya citada *Ser o no ser (un cuerpo)*, 2017.

siguientes consecuencias medioambientales y sanitarias para las poblaciones locales, generalmente las más pobres.²²

Conclusión

En definitiva, de este nuevo paradigma postletrado e incorpóreo no se puede ya escapar, salvo cataclismo nuclear, pero no es en sí mismo, como hemos visto, emancipatorio; hemos de luchar desde él, pero conociendo qué conductas y qué percepciones acompañan a su “autonomía” performativa; y qué límites estrechos impone a nuestra libertad, nuestra imaginación y nuestros compromisos humanos. Sería absurdo no tratar de comprender quiénes somos y dónde nos movemos cuando tratamos de cambiar el mundo desde un medio –con un medio– del que nuestra mirada y nuestros dedos son de algún modo un producto. ¿Cómo edificar desde ahí un orden social más justo, más democrático, más razonable y cuidadoso? No será fácil, pero será imposible si no renunciamos al autoengaño tecnófilo –al mismo tiempo que al fatalismo apocalíptico– y no somos capaces de desentrañar la íntima articulación entre la economía y la tecnología, a sabiendas de que, incluso separadas o re-unidas en otro sitio, una y otra, con su propia vida, seguirán planteando retos y proyectando dilemas y amenazas sobre la vida del ser humano, y su relación con la naturaleza.

²² J. Bellver Soroa, «Lo pequeño no es tan hermoso: los costes ambientales del consumismo de aparatos electrónicos», *Boletín ECOS*, núm. 25, dic. 2013-feb. 2014, disponible en: https://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/Boletin_ECOS/25/lo%20peque%C3%B1o%20no%20es%20tan%20hermoso_j_bellver_.pdf